

Si hubiera que escoger un único texto para resumir los *Viajes extraordinarios*, los principales candidatos serían sin duda *Los hijos del capitán Grant*, *Veinte mil leguas de viaje submarino* o *La isla misteriosa*, merced a su longitud y a su utilización de todos los temas vernianos. En contrapartida, el breve texto *El eterno Adán* no presenta los temas de otras obras, pero los trabaja de nuevo, a menudo de un modo indirecto. Este doble estatuto, cercano a los *Viajes extraordinarios*, pero también alejado de ellos, convierte a *El eterno Adán* en un objeto privilegiado para su estudio. Tomando como punto de partida los excelentes estudios de Michel Butor, François Raymond, Jean Roudaut y Françoise Gaillard¹, me esforzaré en despejar el *sentido* esencial de este relato, es decir, sus estructuras textual y temporal y su significación.

Tardíamente unido, como el resto de obras póstumas, a los *Viajes extraordinarios*, ni novela ni novela corta, este relato brillante y sofisticado es marginal también por sus condiciones de escritura. Las

¹ Butor, Michel, «Le Point suprême et l'Age d'or à travers quelques œuvres de Jules Verne», *Arts-Lettres*, n° 15, «Jules Verne», 1949, p. 3-31; Raymond, François, «Jules Verne ou le mouvement perpétuel (Essai de Patanalyse appliquée)», *Subsidia Pataphysica*, n° 8, 22, Sable 97 (1969), p. 20-52; Roudaut, Jean, «L'Éternel Adam et l'image des cycles», *L'Herne*, «Jules Verne», n° 25, (1974), p. 180-212; Gaillard, Françoise, «L'Éternel Adam» ou L'Évolutionnisme à l'heure de la thermodynamique», *Colloque de Cerisy*, «Jules Verne», U.G.E. 10-18, n° 1333, 1979, p. 293-325.

investigaciones esenciales de Piero Gondolo della Riva² prueban de una vez para siempre que Michel Verne aportó una contribución muy grande. Según únicamente criterios externos, subsiste con toda una duda, porque nadie sabe si, por ejemplo, Michel Verne no recogió una versión anterior, debida a su padre.

Además, la publicación de las obras póstumas con el nombre de Jules Verne, en su género, implica que sólo es posible una atribución a los dos autores. Utilicemos, sin embargo, el nombre de Michel Verne como autor principal del texto.

Único por la diferencia entre su temporalidad interna y su fecha de publicación, único también por su vaivén entre los milenios tercero y vigésimo tercero, este relato se despliega sobre la relación compleja entre dos personajes, uno anónimo y otro doblemente nombrado, uno que dirige inicialmente «una mina de plata» (p. 22)³ y que vive muy bien gracias a ella, y otro asceta; pero ambos, testador y heredero, comparten un optimismo ingenuo y progresista —uno hace «un verdadero ditirambo de la ciencia» (p. 25), ciencia dirigida por el hombre, «señor del mundo» (p. 14), y el otro alaba «la marcha triunfal del hombre» (p. 11)—, para llegar a un pesimismo casi desesperado: «me parece ver a los hombres futuros, olvidados del lenguaje articulado, extinguida la inteligencia, cubierto el cuerpo de ruda pelambre, errar por ese lúgubre desierto» (p. 45), «los vanos esfuerzos [de la humanidad] acumulados en el infinito del tiempo» (p. 48).

Divido, como *La casa a vapor*, *La señorita Branigan*, *Frente a la bandera* y *La asombrosa aventura de la misión Barsac*, entre la narración en primera persona y la narración en tercera persona, este relato es el único que motiva de una manera satisfactoria la inserción de una en otra y el único en conceder el mismo espacio a los dos modos.

Así pues, la forma del relato es compleja, lo que nos incita a una interpretación prudente de su mensaje. Fijémonos en primer lugar

² «A propos des œuvres posthumes de Jules Verne», *Europe*, n° 595-6, «Jules Verne», nov.-déc. 1978, p. 73-82.

³ Los números de página remiten a nuestra edición.

en el tema de la Evolución: tras la retirada del agua salada, la mayoría de las plantas marinas que han quedado sobre la isla continente mueren, pero algunas se adaptan al agua dulce. Esta «transformación en lo vivo» va más lejos en un pasaje notable: «Se ven antiguos animales marinos, moluscos y crustáceos en su mayor parte, en proceso de convertirse en terrestres. El aire está surcado por peces voladores, que son más ave que paz, por haber crecido sus alas desmesuradamente [...]» (p. 43). Sabemos la importancia de los peces voladores en *Dueño del mundo* y «La familia ratón»: representan al mismo tiempo un enigma en la Evolución y un símbolo de la máxima adaptabilidad, con la función de responder a cualquier posible necesidad de evasión. Como lo ha mostrado Françoise Gaillard, ese transformismo es más conforme a las teorías de Lamarck que al proceso titubeante descrito por Darwin⁴; también es más novelesco...

En lo que concierne a la evolución del hombre hay ambigüedad: por una parte, como lo ha indicado Roudaut, los náufragos descienden hacia la animalidad perdiendo la inteligencia y el uso del habla, y, según el narrador, «ya no son hombres» (p. 45). Esta caída es debida a «un imperceptible estremecimiento [en] la corteza del globo» (p. 47); con menos suerte el hombre habría sido aniquilado, ya sea de inmediato, ya sea por la falta de unión entre el hombre y la mujer, entre el equipaje de la *Virginia* y los supervivientes terrestres.

Por otra parte, el hombre ha sobrevivido no obstante en cuanto hombre, con las mismas características biológicas (no podemos tomar en serio la sugerencia de Jean Delabroy⁵, según la cual el zartog habría descendido de un *nuevo* árbol evolutivo). No se perdió nunca un vestigio de lenguaje: los nombres de Hiva y Hedom⁶ no

⁴ Compárese con la observación de Jules Verne a Marcel Hutin en 1901, a propósito de *La ciudad aérea*: «Estoy lejos de llegar a la conclusión de Darwin, cuyas ideas comparto muy poco» (*Textes oubliés*, éd. Francis Lacassin, U.G.E. 10-18, n° 1294, 1979, p. 377).

⁵ En la discusión que sigue a la intervención de Françoise Gaillard, *op. cit.*, p. 317.

⁶ «Edom» es el título del relato en la versión dactilografiada que se encuentra en la *Bibliothèque nationale*; en ella se pueden observar numerosas correcciones de detalle de Michel Verne.

solamente ascienden al tercer milenio, sino hasta los orígenes del hombre. De la misma manera Ayrton había conservado la capacidad del lenguaje y regresa a un estado civilizado gracias a Cyrus Smith, e incluso los aborígenes australianos en *La señorita Branigan* conservan las huellas de un lenguaje más evolucionado. Según Roudaut (*op. cit.* p. 197), éste representa «la imagen premonitrice del destino» de nuestra civilización; y sin embargo lo más lógico parece deducir lo contrario: su alejamiento en relación con la raza primitiva subraya más bien la superioridad del observador.

Es posible por tanto que el hombre pierda algunos atributos — y la capacidad de su cráneo puede variar—, pero nunca hasta confundirse con los animales: el zartog insiste en el «abismo infranqueable» «entre el hombre y los animales» (p. 15), y al final concluye que el pueblo tuvo razón cuando se dio ascendientes exclusivamente humanos.

Lo que nunca pierde es su instinto de cambio. Pasado cierto estadio de civilización, la sabiduría humana colectiva corre el riesgo de una regresión; pero en el origen una motivación innata en el hombre lo empuja «a subir la pendiente», a ascender «hacia la luz» (p. 48). El zartog subraya este instinto, pero también lo hace el autor, mediante un dispositivo estilístico sutil que merece la pena elucidar.

En las trece primeras páginas del relato el pensamiento del zartog se conoce por medio del estilo indirecto libre. Es sabido que en general el estilo indirecto reemplaza el tiempo presente del verbo por el imperfecto, y los pasados por el pluscuamperfecto. Ahora bien, *El eterno Adán* transgrede esta regla introduciendo pretéritos indefinidos inesperados. De este modo, cuando el zartog resume la historia de la humanidad, dos páginas de verbos en imperfecto y en pluscuamperfecto subrayan la sangrienta e interminable lucha que no conduce aparentemente a ninguna parte. Leemos, por ejemplo: «eran siempre masacres y matanzas [...], los hombres con una rabia insaciable, habían regado la tierra con su sangre». Ese ritmo hipnótico es interrumpido por dos pretéritos indefinidos que le dan un *sentido a la historia*: «Los Andarti-Ha-Sammgor lucharon sin piedad

para ampliar sus fronteras, entre las que se asfixiaba su raza ardiente y prolífica. Unos tras otros, al precio de guerras seculares, vencieron [a los demás pueblos]» (p. 11).

Esos dos pretéritos indefinidos, en lugar de pluscuamperfectos, nos sorprenden en el estilo indirecto: Implican la intervención del narrador, pero crean también un efecto temporal interesante. Porque unos pretéritos indefinidos situados uno tras otro son leídos siempre, a diferencia de todos los demás tiempos del verbo, como describiendo dos acciones sucesivas, incluso si van acompañadas de adverbios temporales⁷.

Por consiguiente, el mensaje del narrador, reforzado por su elección de vocabulario, subraya la importancia de la salida del sangriento pantano en que se ahogaba el hombre. (El primer caso, sobre el que se fundará todo futuro, consiste paradójicamente en una regresión, en una intensificación de la matanza.) De este modo, existe en el hombre una motivación intrínseca que ignora todos los obstáculos en su búsqueda de un más allá.

El zartog aprenderá que de hecho los obstáculos son más importantes que lo que él creía y que una civilización demasiado desarrollada engendra sus propios problemas: el hombre avanza, desarrolla la ciencia y la tecnología, se enriquece y se civiliza, pero al precio de un orgullo desmedido. En *El eterno Adán* tal orgullo consiste en dar «la inmortalidad [a] organismos animados» (p.); y el desastre golpea justamente después de que Bathurst haya hablado de la inmortalidad de la civilización. Sabemos que en Verne lo que parece providencial puede igualmente ser atribuido al azar: el cataclismo puede ser interpretado ya sea como la réplica de la Providencia al orgullo humano, ya sea como producto del puro azar.

Los sucesivos cataclismos determinan de este modo una oscilación de la condición humana entre el salvajismo y la civilización altamente desarrollada. Este modelo, por lo demás, con un cambio

⁷ Imbs, Paul, *L'Emploi des temps verbaux en français moderne*, Klincksieck, 1960, p. 82. Ferdinand Brunot concede esta propiedad a los pretéritos perfectos (*La Pensée et la langue*, Masson, 1936, p. 772).

entre dos extremos inestables, es acorde con muchos procesos humanos, animales y mecánicos en los *Viajes extraordinarios*. Pero ¿implica esa oscilación que esté perdida toda esperanza para la humanidad y que su única elección sea hundirse en el pesimismo?

Creo que no, por dos razones. Una aparecerá en la continuación de este estudio. La otra concierne a la reacción de los dos héroes del relato en las peores situaciones: es una aceptación, combinada con un coraje estoico. De este modo, en medio de su fuga hacia la cima de la montaña, el narrador anónimo tiene tiempo de decir: «la verdadera superioridad [...], para el pensador, es comprender [...] y para el hombre de acción conservar un alma serena ante la rebelión de la materia [...]» (p. 27).

Para los sabios, que son el zartog y su antepasado, el conocimiento y sobre todo la investigación son buenos en sí mismos, incluso aunque no cambien nada. La trascendencia del mundo físico no pasa forzosamente por la trascendencia del tiempo. Al optimismo beato o al pesimismo cínico el relato les opone un estoicismo resignado.

Pero permanecer en este nivel del análisis sería tratar el relato como un documento científico ignorando sus metáforas, sus autorreferencias, su autorreflexividad, todo lo que, en efecto, crea literatura satisfactoria.

François Raymond nos pone en guardia contra la búsqueda de una significación en *El eterno Adán*, o en los *Viajes extraordinarios* en general: porque, en cuanto novelista, Verne no tiene opinión, las tiene todas, y en cualquier caso apenas trata directamente teología o metafísica (*op. cit.* p. 26). Por consiguiente, la investigación de estructuras en el interior del texto evita la trampa frecuente de buscar en los textos ideologías puramente personales. Por eso sugiere que el relato sustituye los problemas del Origen y del Fin del hombre por una oscilación universal, una estructura temporal infinita: el tiempo es «menos circular que periódico», es decir, describe una curva con altos y bajos. El propio texto habla del «eterno recommienzo de las cosas» (p.

48) y la imagen es todavía más clara en *Los naufragos del «Jonathan»* donde se trata del «ciclo eterno»⁸.

Vemos que este método desemboca en conclusiones muy importantes, utilizadas en este análisis. De hecho, las estructuras no son exclusivas: ellas se concilian muy bien, pero en tres dimensiones⁹. Si miramos una hélice regular¹⁰ vertical desde arriba, parece circular; si la miramos de lado, parece formar una serie continua de curvas periódicas.

En *El eterno Adán* el eje central alrededor del cual «gira» la hélice representa el tiempo; y somos libres de escoger las otras dos dimensiones entre las variables que el relato saca a la luz. La más interesante¹¹ se halla al escoger el nivel tecnológico de la sociedad y su nivel «cultural»: son dos variables vinculadas, pero no idénticas, lo que implica que la curva tendrá una forma continua. De este modo, cada espira sucesiva representa un ciclo completo de la civilización, es decir, una ascensión, una cima y un descenso.

En este caso preciso podemos suponer inicialmente que la hélice no es en absoluto regular, porque puede variar según cada una de las tres dimensiones, a saber, el tiempo y los niveles tecnológico y cultural. Así el intervalo entre las sucesivas espiras de la espiral puede crecer o decrecer, y las sucesivas espiras pueden desarrollarse a lo largo de una u otra de sus dimensiones constitutivas.

⁸ «Esos hombres [...] desaparecían; uno tras otro eran recobrados por la tierra, crisol donde todo se elabora y se transforma, que, continuando el ciclo eterno, volvería a hacer con su sustancia otros seres, y sin duda, semejantes a aquéllos», *Les Naufragés du «Jonathan»*, U.G.E. 10-18, n° 1209, 1978, p. 219.

⁹ M. P. Vidal ha tenido la amabilidad de indicarme que en efecto el corte bidimensional de una ola marina es en todo momento sinusoidal, mientras que cada molécula describe un círculo en ella.

¹⁰ $x = a \cdot \cos t$, $y = a \cdot \sin t$, $z = u \cdot t$.

¹¹ Habríamos podido escoger una variable física, por ejemplo, el alejamiento de los personajes en relación con el sitio ocupado sucesivamente por los atlantes, los naufragos y los contemporáneos del zartog. En efecto, ese sitio representa la cumbre de la primera y de la tercera civilización, y el hueco de la segunda.

Ahora bien, los modelos matemáticos en literatura sirven para organizar las precedentes descripciones; pero su importancia está más bien en aclarar el texto¹². Aquí el texto dice claramente que las catástrofes se han producido a intervalos de 20.000 años, es decir, que en efecto el intervalo entre las espiras es constante. En lo que concierne a las diferencias de amplitud de las espiras se encuentra nuestro punto de regreso al texto: ¿son idénticas las situaciones del narrador anónimo y del zartog en sus respectivas sociedades?

En cuanto al progreso tecnológico (o científico: los dos se confunden en el relato), sigue dos veces el mismo trayecto, aparte de algunos detalles: desemboca en el mismo punto del eje tecnológico. De ello se deduce que tal conocimiento, no personal, posee una estructura fija que será recorrido por cada civilización sucesiva. Y ya que la ciencia puede reinventarse fácilmente, su transmisión es poco importante: en efecto, ella falla en el relato. Pero en cuanto a la tercera variable, la del nivel cultural, la de los conocimientos humanos, no es regular: la diferencia esencial procede del descubrimiento del mensaje que da al zartog un conocimiento privilegiado del curso de la historia humana. No solamente descubre la civilización del siglo XXIII, sino que también percibe la realidad de la Atlántida destruida y un reflejo del Diluvio bíblico. En efecto, como si mirase en dos espejos situados uno frente a otro, percibe «una infinidad de humanidades distintas» (p. 25) detrás de estas tres —a diferencia del narrador anónimo, que ha descubierto la Atlántida demasiado tarde como para poder advertir a la humanidad contemporánea del peligro que corría. El zartog recibe por tanto una advertencia: la especie humana atraviesa en ese momento un umbral único, el del primer conocimiento de sí misma. La historia se vuelve por primera vez científica, basada en el conocimiento directo, y el tiempo no está desprovisto de sentido. Geométricamente es posible interpretar esta ampliación de la experiencia humana como una ampliación nueva de la hélice.

¹² Ver C.W. Butcher, «Graphes et graphie: Circuits et voyages extraordinaires dans l'œuvre de Jules Verne», Actes du Colloque de Cerisy, 12-19, junio, 1980: *Regards sur la théorie des graphes*, Presses polytechniques romandes, Lausanne, 1980, p. 177-182.

Esta conclusión, menos pesimista que la mayoría de las interpretaciones precedentes de *El eterno Adán*, es tan importante que quiero subrayar tres aspectos. Los tres están en particular en este relato, pero iluminan los *Viajes extraordinarios* prolongando temas que normalmente permanecen subyacentes en ellos.

En primer lugar, el abismo verniano entre la acción y el conocimiento, entre el explorador y el sabio, apenas había sido franqueado, aunque Lidenbrock y Axel, Aronnax y Nemo, Paganel, Kazallon, Maucler y sobre todo Smith hubiesen hecho valerosas tentativas. El narrador anónimo de *El eterno Adán* tampoco sabe combinar simultáneamente los dos papeles: su acción práctica en cuanto patriarca de la colonia no desemboca en nada, pero es su acción de escritor la que le da el relevo al zartog. Éste se convierte en el primer hombre que puede poner en práctica aquel saber, que puede advertir a la especie humana del peligro de futuras catástrofes.

De esta manera, esta segunda problemática insoluble, la de prever el futuro, la de evitar la desposesión del último momento, recibe una respuesta parcial: el futuro está en estrecha relación con el pasado, no se debe descuidar la experiencia acumulada por sus abuelos, es esencial regresar a las fuentes y, en suma, el Final depende del Origen.

En tercer lugar, el anuncio hecho al zartog atañe a la dicotomía que aísla al individuo del cosmos. La diferencia trágica entre la duración límite de una vida y la lenta marcha de la historia no queda resuelta en las obras de Jules Verne, con la única excepción de Axel en su sueño en el mar Lidenbrock. Axel ha participado en una inversión de la escala del tiempo y su imaginación le ha hecho ascender por el tiempo a una velocidad vertiginosa. Al final de este sueño cósmico Axel ha encontrado una síntesis absoluta con un universo intemporal, pero su experiencia terminó abruptamente. El lector de los *Viajes extraordinarios* sólo contemplará otra reconciliación entre la duración personal y la histórica en *El eterno Adán*. Si la solución de Axel había sido egoísta y retrógrada, la del relato póstumo es en contrapartida altruista y progresista.

Esta reconciliación reposa en dos formas de supervivencia personal: la supervivencia gracias a la procreación, porque sin duda toda

la humanidad tiene sangre del narrador en sus venas; y la sthendaliana supervivencia por medio de un testamento literario. La transmisión del testamento es aleatoria, de manera que su autor se pregunta: «¿Encontrará alguien este depósito confiado a la tierra? ¿Lo buscará alguien, solamente?... Es cosa del destino. ¡Alabado sea Dios!... » (p. 46). «Este relato de ultratumba» (p. 48), «para la edificación de razas futuras» (p. 21), no tiene *contenido* científico; pero si la civilización había podido despegar gracias a la invención de la imprenta y si la humanidad había sido salvada a continuación por el «soberbio y potente doble Faetón de treinta y cinco caballos» (p.), es igualmente gracias a la tecnología, en este caso un estuche de aluminio, por lo que el testamento se habrá salvado.

Así pues, la desesperación del zartog parece ser una reacción necesaria para combatir el acostumbrado orgullo del hombre en una civilización desarrollada; pero la propia desesperación no es sino el comienzo de una sabiduría que quizás sabrá responder al triple problema planteado por la acción y la mediación, el imprevisible futuro y la supervivencia personal. Recordaré las etapas del argumento que han conducido a esta conclusión: al indicar que el mensaje de *El eterno Adán* no es necesariamente el punto de llegada de los *Viajes extraordinarios*, he observado que no obstante este relato añade mucho a nuestra comprensión de las demás obras; se lee, pues, como escritura primera, pero también como reescritura crítica.

Después de haber analizado algunas cuestiones de forma en *El eterno Adán*, he comprobado que si los animales y las plantas evolucionan en el relato a toda velocidad, sólo el hombre parece conservar siempre sus características esenciales. La evolución humana se efectúa más bien con respecto a la sociedad: un instinto natural empuja al hombre hacia delante, pero su ruta esta cortada por cataclismos periódicos que quizás son puramente naturales o quizás de origen divino. Así, un primer nivel de análisis desemboca ciertamente en el mensaje pesimista de un ciclo eterno del que el hombre nunca podrá salir.

Mirando, sin embargo, lo que el texto enseña y no lo que dice, y examinando la imagen del ciclo más de cerca, vemos que si la ima-

gen central de la hélice niega cualquier posibilidad de progreso lineal, permite una ampliación del conocimiento humano de espira en espira. Esta ampliación se hace decisiva precisamente cuando se produce el cortacircuito de la hélice por la transmisión directa de un mensaje entre el narrador anónimo y el zartog: este mensaje vuelve a dar esperanza a la humanidad preparándola para el porvenir.

Al revés que en los primeros *Viajes extraordinarios*, de este modo *El eterno Adán* parece ocultar bajo un exterior pesimista un mensaje ambiguo. Dice que la transmisión de un texto literario, pese a todos sus azares, deja la posibilidad de reconciliar la ciencia y la literatura, al padre y al hijo, al individuo y la raza, el pasado y el futuro, la acción y la contemplación. Pero, en cualquier caso, esté o no el hombre esté preso en un engranaje eterno, la desesperación no es digna de él, únicamente es válido un estoicismo realista y valeroso.

La verdadera superioridad del hombre no se halla en dominar, en vencer a la naturaleza; se halla, para el pensador, en comprenderla, en mantener el inmenso universo en el microcosmos de su cerebro; se halla, para el hombre de acción, en conservar un ánimo sereno ante la rebelión de la materia; se halla en decirle: «Destruirme, ¡sea! Emocionarme, ¡nunca!... » (p. 27).